

¿DE DÓNDE VENIMOS? ¿QUÉ SOMOS? ¿ADÓNDE VAMOS?

El otro día, mi sobrinita Dafne (por cierto, con nombre de asteroide), me preguntó: -¿porqué tienes tantos telescopios?. Le dije que cada uno servía para cosas distintas, que con uno sólo no se podía hacer todo.

En el fondo, sabía que la respuesta no era exactamente cierta...

Al cabo de un rato, me dijo: - Quiero dibujar. Esto implica, de un tiempo para acá, recurrir a un voluminoso libro de pintura que recoge los grandes óleos de la historia del arte. Normalmente elige a Miró, Mondrian o Matisse y los copia a "su manera". Ese día le llamó la atención un Gauguin, concretamente el emblemático cuadro que lleva por título el mismo que encabeza este texto. Tal cadena de sucesos, sumada al mal tiempo y a la ya citada respuesta "no exactamente cierta", me dieron el impulso definitivo para intentar poner en escrito el ambiente que se respira en foros de Internet, revistas especializadas y otros canales de comunicación que hablan sobre astronomía amateur.

¿De que ambiente hablamos? Aunque quizá un poco pretencioso, centremos el asunto mediante las 3 preguntas clásicas de la humanidad:

¿De dónde venimos?

Venimos de unas mentes que se preguntaban incesantemente sobre esos puntos luminosos, puestos en el telón de fondo de la noche, que se movían a ritmo regular día a día y que estaban acompañados por un astro grande y brillante llamado Luna y por un deslumbrante sol que borraba el firmamento.

Unas mentes que pusieron nombre a las estrellas, dibujaron siluetas con ellas para orientarse y las observaron con una mezcla de recelo y admiración.

Unas mentes que, posteriormente, inventaron artilugios de medida y posición e incluso alguno que permitía ver de cerca aquello lejano. Llegó un momento en el que hombres en solitario hacían grandes descubrimientos, pulían espejos, maquinaban estructuras, y retaban al Cosmos con sus innovadores instrumentos. Era una época gloriosa, en la que algunas de esas mentes podía codearse cara a cara con el Universo desde el jardín de su casa.

Visto desde el siglo XXI, ese paisaje se nos presenta con una carga mítica y romántica considerable y lo contemplamos con admiración.



¿de dónde venimos? ¿Qué somos? ¿adónde Vamos.? Paul Gauguin, 1897. Boston, Museum of Fine Arts

¿Qué somos?

Los aficionados actuales somos el resultado de ese pasado, un pasado que nos ha dejado como herencia unos conocimientos y una tecnología apabullante, llegando al extremo de que algunas veces lo profesional de lo amateur se separa solamente por un papel firmado por su majestad real. Lo soñado es casi una realidad.

Suponiendo que uno se desenvuelva bien astronómicamente hablando (a saber que quiere decir esto), ahora todo es más "fácil" técnicamente, pero más difícil moralmente.

¿Cómo afrontar el universo?, ¿desde nuestro jardín, desde la universidad o desde la cima del Aconcagua?.

¿Me dedico a planetaria, cielo profundo, astrometría, fotometría, variables, supernovas, cometas, blázars, divulgación, extrasolares, asteroides, astrofotografía?, ¿a todo?. ¿En color, en blanco y negro, en rayos X, a ojo pelado o en rayos Gamma?. ¿Me hago profesional o colaboro con ellos?. ¿Por dónde empezar?.

Todo lo dicho, inexorablemente, nos conduce a la realidad actual, que se ve reflejada en: alocados

mercadillos de segunda mano, acaloradas discusiones en foros, conversaciones llenas de desorientación y desaliento, multitud de sofisticados y caros equipos abandonados en el trastero, magníficas noches estrelladas perdidas maldiciendo algún software especializado, eternas veladas probando enfocadores, aplanadores, reductores, oculares, filtros, cámaras, cables o verificando si ese telescopio cumple el frente de onda prometido por el fabricante o si su nivel de cromatismo es aceptable. En resumen, el cielo sigue allí, esperando a que alguien le haga caso o intente disfrutar de lo que ofrece. Su menú parece que ya no nos atrae como antaño. Estamos más pendientes de la forma que del fondo.

Y aquí estamos, inmersos en una etapa de cambios, de grandes dudas, de replantearse las cosas, de sufrir la competitividad, de vivir una impuesta especialización, de huir de la brutal sobre información y de la complejidad informática, y de contener la cartera frente al cambiante y agotador mercado de instrumental astronómico.

A pesar de tratarse de algo muy personal, da la sensación que pocos encuentran su camino. Es innegable que una pequeña minoría lo ha conseguido o lo conseguirá, ya sea con unos prismáticos en el monte o construyendo un telescopio remoto en Atacama (léase, conseguir = disfrute, satisfacción, etc.).

Pero no nos desviemos del sendero marcado y hablemos de la gran mayoría. Algunos, a falta de una “esencia” u objetivo, vuelven a lo que llaman “los auténticos orígenes”, mirando el cielo a ojo desnudo; otros abandonan por no tener tiempo o no hallar el “qué” en todo este ajeteo, poniendo en un foro: “vendo todo mi equipo por cambio de afición”; hay quien prueba disciplina tras disciplina o instrumento tras instrumento buscando inútilmente “eso” que lo hará realmente feliz; aquél de al lado compra por puro placer y los de más allá refunfuñan incesantemente sobre las obligaciones diarias que obstaculizan llevar a cabo esta afición. Todo es legítimo y respetable, faltaría más, pero lo innegable es que estamos más perdidos que encontrados.

La astronomía amateur, nos guste o no, se ha vuelto difícil y compleja... quizá más que nunca en la historia. Y no sólo técnicamente, sino también en el ámbito social. Ahora mismo, tenemos juguetes que permiten llegar igual de lejos que el telescopio de 5 metros de Monte Palomar. Un cóctel explosivo no apto para todos los públicos y que requiere de dedicación, paciencia y estudio. Llegados hasta aquí, es lícito preguntar: ¿Es esto realmente una afición?

¿Adónde vamos?

En primer lugar, no nos pongamos pesimistas y quitemos un poco de dramatismo al asunto. En cierto modo es normal lo que estamos viviendo, las épocas de cambios son caóticas y convulsas, y ya sabemos que son periodos inevitables que conducen a algo nuevo, renovado o revisado. Y si nos fijamos bien, el poder jugar a ser profesionales no está al alcance de demasiadas aficiones, y además, para aquellos más capacitados, la tecnología del futuro se presenta apasionante. Sin embargo, si esta tecnología sigue creciendo de forma tan abismal, seguramente la carrera va a ser tortuosa y muchos moriremos en el intento: ¿dónde pongo mi telescopio en órbita, en el jardín o en esa zona donde los rayos cósmicos son menos perjudiciales?

Por otro lado, si la cosa se calma, y en este rincón del mundo nos acostumbramos a la llamada de las sirenas, a poder ver un telescopio admirándolo pero sin que nos salten los ojos de la cara, a disfrutar y dejar la competición para los atletas... seguramente el aficionado encontrará poco a poco su camino. También puede ser que tanta especialización aniquile lo amateur... o quizá se abran, asequibles a todo el mundo, maravillosas e increíbles posibilidades ante nuestros ojos. Quien sabe...

Cómo se viene escuchando ya en algún foro: la astronomía está allá arriba, en el cielo. No está ni en nuestra cartera, ni en ningún telescopio concreto. Personalmente añadiría algo obvio: está en nosotros mismos y en la forma que tenemos de disfrutarla.

Dafne me pidió que le regalara un telescopio y le dije que de momento no, que se viniera conmigo a la terraza a observar la Luna. Con sus ojos brillando como estrellas dijo: ¡que bonita, la voy a dibujar!.